

CARRERILLAS

Miguelín

La galamperna había abierto su sombrero escamoso esa madrugada. A su alrededor un corro de carrerillas pardas intentaba en vano esconderse bajo las hojas de hierba moteadas de agua, entre las que asomaban sus pezones oscuros. Una muscaria destacaba en mitad del prado con su chabacano traje de lunares blancos.

La vida era corta, un suspiro entre las siempre caprichosas lluvias del Pilar y las nunca previsibles heladas de los Santos. Ellas nacían aprovechando la segunda menguante del otoño, rompían la capa de barro que las separaba de la superficie, surgían a la luz modestamente y entonces se abrían en todo su esplendor, en un orgasmo de esporas que multiplicaría su presencia.

Cuántos sueños madurados bajo tierra, cuántas reservas acumuladas molécula a molécula, cuántas adversidades superadas con la cabeza baja, cuántas adversidades vencidas para llegar al gran momento.

Y entonces oyeron venir el bosque. Era un bosque que avanzaba con una determinación casi vegetal, un bosque de piernas blanca y negras.

El bosque se acercaba con un colorido otoñal. Las piernas que lo formaban levantaban un sirimiri de barro.

Una ola de sudor, esfuerzo y coraje.